

# Monseñor Romero: *Un Obispo sin Miedo*

Róger Velásquez Valle

Recibido: 17.03.2015/ Aceptado: 27.03.2015

*Y a vosotros, amigos, os digo: no tengáis miedo de los que matan el cuerpo y tras eso no tienen poder para más (Lucas 12:4, versión católica Bover-Cantera)*



## RESUMEN

El Rev. Róger Velásquez, pastor Bautista, comparte un testimonio de relación con el arzobispo Romero, cuando se desempeñaba como pastor de la Primera Iglesia Bautista de El Salvador. Tuvo la dicha y el privilegio de conocerle y valorarle en su grandeza y humildad como siervo de Dios, en su labor pastoral al lado de los pobres y víctimas de la violencia institucionalizada que vivía ese país y su palabra profética, denunciando la injusticia y anunciando la esperanza de una nueva vida para el pueblo.

**Palabras clave:** Testimonio, congregación, obispo, bautista, mártir.

## ABSTRACT

The Rev. Roger Velásquez, Baptist pastor, shares a testimony of relationship between Archbishop Romero and him, when he served as pastor of the First Baptist Church of El Salvador. He had the joy and privilege to meet and value him in his greatness and humility as a servant of God, in his pastoral work alongside the poor and victims of institutionalized violence which experienced that country and his prophetic word denouncing injustice and announcing for the people the hope of a new life.

**Key words:** Testimony, church, bishop, Baptist, martyr.

La reactivación del proceso de beatificación de Monseñor Oscar Arnulfo Romero culminará en la gran celebración programada para el 23 de mayo de 2015. Este proceso, suspendido durante un decenio debido a una interpretación errónea del liderazgo vaticano sobre las motivaciones y acciones del Arzobispo tocante a su testimonio e inmolación ha sido reivindicado gracias a las gestiones del Papa Francisco. La gratitud a Dios y el beneplácito de los fieles católicos son legítimas expresiones de gozo y concordia en América Latina y el resto del mundo. Y no sólo para la grey católica del orbe, sino para los cristianos en general. Al igual que el pastor Dietrich Bonhoeffer (luterano) y el Rev. Martin Luther King (bautista), Monseñor Romero ocupa su lugar entre estos fieles mártires de la fe cristiana del siglo veinte. Así lo reconoció la Iglesia Anglicana en la Abadía de Westminster cuando consagró las esculturas de medio cuerpo que los representan, en un solemne acto en 1994. Bonhoeffer ejecutado por los Nazis (1945), King asesinado por un criminal de un tiro en la aorta (1968) y Romero, asesinado de un balazo en el corazón por un francotirador (1980). Es por lo tanto, justo y necesario el reconocimiento de los mártires de la fe, liberados de los amarres doctrinales o prácticas diferentes en la cultura denominacional o eclesial.

La revista norteamericana *Time* publicó en la portada de una de sus ediciones una fotografía del Arzobispo Romero, con este epígrafe: **Obispo sin Miedo** (*Fearless Bishop*) y en el artículo de fondo detallaba algunas experiencias que informaban la vida azarosa de Monseñor que, según supimos después, en sus dos últimos años vivía amenazado de muerte, acorralado por todos lados por la prensa extranjera, subestimado por el recelo de sus mismos compañeros de ministerio, sujeto a acciones criminales del gobierno (chantajes, daños a las propiedades de la Iglesia, ultrajado en su investidura sacerdotal). Su voz por la radio emisora YSAX (La Voz Panamericana) era frecuentemente acallada con interrupciones y definitivamente inutilizada por un bombazo. Ninguno de estos atropellos detuvo su denuncia contra la impunidad de las fuerzas armadas en sus agresiones contra campesinos, obreros, maestros y estudiantes ni dejó de hablar por la gente pobre e indefensa. Católicos y Evangélicos escuchaban su palabra de fe sustentada con las Sagradas Escrituras y con las experiencias de su propia jornada como sacerdote católico. Su última prédica u homilía por la radio fue difundida el 23 de marzo de 1980, un día antes de

su inmolación. Unas semanas antes Monseñor envió una carta al Presidente norteamericano Jimmy Carter (bautista, maestro de escuela dominical en su iglesia, autor de libros sobre la fe cristiana) informándole sobre el daño terrible de la política foránea de los Estados Unidos dándole apoyo a un régimen mal hecho y solicitándole la suspensión del apoyo económico y armamentista. No consta que hubo respuesta a esta carta, pero el 21 de febrero de 1980, un representante de Mr. Carter se reunió con Monseñor en San Salvador y escuchó el reclamo por boca del Arzobispo. El oficial del gobierno norteamericano dijo desconocer esa carta y le dio poca importancia a la protesta del prelado. (*Archbishop Oscar Romero: A Shepherd's Diary* p. 496).

Mi deseo de conocer personalmente a Monseñor Romero había surgido después que algunos miembros de la Primera Iglesia Bautista de San Salvador (de la cual yo era pastor) compartieron conmigo cuánta fortaleza recibían escuchando sus homilías por la radio. Cuando ésta dejaba de transmitir se acercaban a la catedral el domingo temprano, antes de venir a su Iglesia para escuchar algo de su mensaje. Estos comentarios me animaron a llamar por teléfono a su oficina. Había tenido experiencias constructivas con algunos católicos durante mi carrera ministerial, incluyendo a Monseñor Dom Helder Camara, Obispo de Olinda y Recife en Brasil. Con el padre Carlos Fernández Cid, párroco de la Iglesia El Rosario planeamos y tuvimos, en la Semana de la Unidad Cristiana del año 1967, una celebración de la Palabra en la cual tuve la honra de predicarle a una congregación católica. Un grupo de hermanos de mi Iglesia asistió al evento, pero los otros líderes evangélicos con quienes había conversado (representantes de dos denominaciones pentecostales y de la Misión Centroamericana) rehusaron asistir. Cabe señalar que en ese tiempo no existían grupos autollamados "bautistas" de dudosa identidad aparecidos en los últimos 20 años. De modo que fuimos los bautistas de la Primera Iglesia y los feligreses de El Rosario los protagonistas de un acto significativo, pero inédito. La fórmula periodística usó su aventurada interpretación con titulares de primera página que decían que los evangélicos habían regresado al seno de la Iglesia católica y otros disparates. He aquí uno de los retos de la autenticidad del evangelio que, en obediencia al llamado del Maestro que fomenta la unidad de los creyentes, sin confundirse ni enredarse en sincretismos. Esto fue un desafío que mis hermanos líderes de otras denominaciones no pudieron asimilar.

Pasado un decenio de ese acontecimiento tomé la iniciativa de llamar a Monseñor Romero y quien haya recibido la llamada me comunicó con él. Hablamos un poco y luego Monseñor me invitó a sus reuniones de oración con otros sacerdotes en una pequeña propiedad que servía de Retiro Espiritual en Los Planes de Renderos. Así se inició y cultivó mi amistad pastoral y espiritual con el mártir y santo de El Salvador. Después de estos convivios de verdadera preocupación por el pueblo atormentado por elementos irracionales, pude discernir la estatura pastoral de Monseñor. Me había tocado andar por centros de detención buscando a jóvenes de mi Iglesia que habían desaparecido, interceder por un hombre salvajemente golpeado por guardias uniformados sin razón alguna y llevado a una cárcel en el hospital Rosales. No pudieron salvarle la vida. Anduve por cuarteles buscando a pastores de la Asociación Bautista capturados con sospechas fantasmas. Fui exhortado por autoridades de la Guardia Nacional e igualmente de la Policía Nacional, con la advertencia de “no se queme usted las manos por gente que usted no conoce”. De modo que conocer más a fondo la envergadura del trágico momento histórico de un pueblo industrial, herido de muerte por reclamar su derecho a la vida, me hizo solidario en la participación de la base pastoral que le devolviera la esperanza al pueblo salvadoreño. El epígrafe de **Time** era correcto: Oscar Arnulfo Romero era un **Obispo sin Miedo**. Lo comprobé cuando aceptó mi invitación para planear un servicio ecuménico en la Semana de la Unidad Cristiana sugerida en el Calendario del Consejo Mundial de Iglesias. El viernes 20 de enero de 1978 llegó el Arzobispo al templo de la Primera Iglesia Bautista de San Salvador. Nunca hubo una asistencia tan completa: La nave principal, con sus aleros, el vestíbulo, las gradas de entrada, la acera, en fin, el local abarrotado de gente hambrienta de una palabra pastoral. Presenté a nuestro invitado especial y, desde el púlpito de esta Iglesia Bautista Monseñor comenzó su sermón diciendo que antes que nada, él pedía perdón al pueblo evangélico de El Salvador por la persecución, el dolor y las injurias ocasionadas por la intolerancia y el fanatismo de los fieles católicos en tiempos pasados. He aquí la osadía humilde de la autoridad eclesiástica de la Iglesia Católica en El Salvador, solicitando el perdón de las generaciones nuevas que desconocían ese pasado. Aquí se efectuaba la limpieza de la grey católica que tenía una deuda rezagada con la comunidad Cristiana evangélica. La respuesta del conglomerado fue apoteótica, no menos entusiasta que



las de los concilios ecuménicos de tiempos históricos: Los asistentes lloraron y aplaudieron largo rato, puestos de pie con gestos de alabanza y gratitud a Dios. El que no cometió pecado contra los hermanos de la fe evangélica, asumía sobre sus hombros la culpa para ganarse el derecho de pedir perdón. No menos que lo que hizo el publicano en el templo: humilde, sin arrogancia, contrito, rogaba a Dios que fuese favorable a su condición. En su sermón propuso una actitud de fe y confianza en Dios en medio de la violencia y la injusticia imperantes en el país. Terminamos ofreciendo alabanzas y súplicas por un futuro de paz y reconciliación.

El miércoles 25 de enero de 1978 estuve en la catedral y prediqué ante una congregación que me recibió con hospitalidad y afecto. Fue la última vez que vi a Monseñor en esta tierra. Nos despedimos con un abrazo a la entrada de la catedral y la semana siguiente partí hacia los Estados Unidos para ejercer un ministerio con las Iglesias Bautistas Estadounidenses. Fue una despedida triste y más triste fue escuchar la noticia que me dio un miembro de la Primera Iglesia Bautista de San Salvador el 24 de marzo de 1980 que Monseñor había sido asesinado. Cuando mi interlocutor percibió mi llanto incontrolable y mi disculpa, me dijo: “Llore, pastor, necesitamos la solidaridad de sus lágrimas”.

Monseñor solía repetir el versículo que introduce esta reflexión. Lo usaba con frecuencia en sus homilias y conversaciones. Quería este santo apropiárselo sin considerarse suficientemente digno del martirio como para merecer el privilegio de ser un mártir. Dios nos concedió tener a un mártir que también es un santo. Lo honramos ahora para la Gloria del Señor. Un día lo veremos en la infinita casa de nuestro Padre.  
Durham, NC 16/3/2015